

co que todo sobre el estilo, la concepción de la forma, la fundamental idea de la frase como dispositivo angular de la novela (con mayúscula), todo ello lo dice Maupassant por primera vez en este primer trabajo de 1884. Maupassant destripa la poética de Flaubert. La desmenuza pieza por pieza. Redefine el concepto de realismo y lo sustituye por el de intuición de la realidad. Tal vez porque ve en el realismo una vinculación demasiado molesta y contaminante con un cierto denostado naturalismo. Nos hace que nos interese por la vaguedad de su idea de lo que es ser artista, muy diferente de ser simplemente novelista, y aunque necesita desmerecer un poco al gran Balzac, nos convence cuando equipara la condición de genuina artisticidad con la titánica responsabilidad de Flaubert ante la palabra, la autoexigencia enfermiza ante la inconcreción sintáctica, mucho más lesiva que la inconcreción de significación. Maupassant hace un repaso rápido pero preciso de las grandes novelas de Flaubert. Nos persuade de la importancia del método flaubertiano. Sabe distinguir entre impersonalismo e impasividad narrativa, un matiz que acerca más todavía al maestro normando a la escuela de la mirada que tanto auge alcanzó en los años sesenta del siglo pasado. Las cartas de Flaubert a su amiga Colet hubieran servido para hacernos una idea de su filosofía de la composición. Pero los comentarios de Maupassant nos corroboran esa filosofía. Y nos dicen que era viable no sólo como instancia individual sino también como tendencia hegemónica en el conjunto de las poéticas decimonónicas. Maupassant, se ve claramente en estos trabajos (sobre todo el de 1884), abre brecha analítica. Nos allana el camino hacia los trabajos de Maurice Nadeau, los de Vladimir Nabokov, *La orgía perpetua*, de Mario Vargas Llosa. En este último hay unos párrafos dedicados al comentario de los comicios agrícolas en *Madame Bovary*. Precisamente este capítulo lo comenta Maupassant, porque era uno de los que se le sugirió a Flaubert que suprimiera del original

con vistas a su publicación, hecho que lo deprimió enormemente. El autor de *La ciudad y los perros* vio en aquel mayúsculo cuadro social, en aquel diseño de la vida de provincias el genio de la representación, la mano maestra para conjugar lo colectivo y lo individual. Tal era lo que los "entendidos" de la época consideraron, según explica Maupassant, materia inerte e innecesaria.

El segundo trabajo, el de 1890, es de carácter más doméstico, pero no por eso menos importante. Aquí Maupassant nos ayuda a descubrir a Flaubert en pantuflas, casi literalmente. La descripción de las tardes literarias de los domingos en casa del maestro, el goteo de los amigos, la efervescencia intelectual, el intercambio de erudiciones, todo ello mezclado con el sofoco de Zola luego de subir los cinco pisos hasta el apartamento del anfitrión no tiene desperdicio. Los lectores celebrarán la publicación de este libro. La voz y el pensamiento de Maupassant nos llegan nítidos. Y también el testimonio de dos sensibilidades artísticas de primer orden. —

— J. ERNESTO AYALA-DIP

## CRÓNICA

### Mensajeros del lado oscuro



Sergio González Rodríguez  
**El hombre sin cabeza**  
Anagrama,  
Barcelona,  
2009, 186 pp.

Hay un territorio donde el ámbito de lo personal y lo terrible del mundo se unen. Una provincia en la que confluyen los recuerdos, la áspera realidad del presente y el espanto de los fantasmas convocados tanto por la memoria como por la cotidianeidad. Un lugar en el que, si se levanta la vista y se mira hacia el horizonte, sólo

pueden atisbarse cosas peores. De esa materia está conformado *El hombre sin cabeza*, el más reciente libro de Sergio González Rodríguez (ciudad de México, 1950), en el que continúa su exploración de la parte más salvaje del crimen en México, que inició con *Huesos en el desierto* (2002). Si en el anterior centraba sus indagaciones en torno a los asesinatos sistemáticos de mujeres en Ciudad Juárez, en su nueva entrega busca desentrañar el fenómeno de los decapitados que en los últimos años ha cobrado un macabro auge, en medio de la guerra que los cárteles de la droga sostienen entre ellos y con el gobierno.

Lo más interesante de este complejo y perturbador libro es la manera en que está construido. González Rodríguez no se conforma con trazar el mapa en el que la sangre ha corrido y las cabezas rodado, y con explicar la combinación de pobreza, corrupción, abuso de poder y pulsiones narcóticas que está detrás de la degradación social que vive el país, sino que hilvana todo eso con un fino tejido de crónicas familiares. Por ejemplo, para hablar de Guerrero—tierra arisca y violenta, y escenario de múltiples decapitaciones—evoca un viaje hecho en el pasado remoto con sus padres a Acapulco. Y recuerda también a su hermano mayor, quien estuvo en el umbral de la muerte y sobrevivió, con extrañas consecuencias: "Era él, pero ya no era él, a quien conocimos. No sólo tenía los ojos melancólicos y perplejos: llevaba en ellos una hondura extraña, de bondad pétrea, de viajero antiguo proveniente de un ultramar monstruoso."

Este recurso contribuye a dar un toque humano al recuento de atrocidades y cifras escalofriantes. Al mismo tiempo que recrea una geografía propia y sentimental, se apoya en ejemplos comparativos que ilustran la barbarie. Si se juntaran todas las cabezas de los decapitados en 2008 y se colocaran una sobre otra, explica González Rodríguez, alcanzarían la altura del monumento del Ángel de

# LIBROS

la Independencia. La combinación de rigor periodístico con una prosa literaria la había ensayado antes el autor en *El Centauro en el paisaje* (1992) y en *De sangre y de sol* (2007), y en ese sentido *El hombre sin cabeza* consolida un estilo que fusiona géneros; pero es, sobre todo, una obra testimonial y comprometida.

Está también la parte histórica y simbólica que le confiere al fenómeno de las decapitaciones una dimensión más amplia. González Rodríguez se remonta a las pirámides de calaveras que forman parte del folclor de diversas civilizaciones, pasa por la invención de la guillotina y llega hasta el furor decapitador de la actualidad, que en México se atribuye a la influencia de narcotraficantes colombianos. “El decapitador se asume como mensajero del lado oscuro de la humanidad, se ve como el reimplantador del reino de la muerte y el salvajismo vasto que nombra la destrucción e impone un

sentido negativo en el mundo”, sentencia. González Rodríguez acude igualmente al mito de Perseo —que va en busca de la cabeza de la Medusa—, a los diversos cuadros que representan a Salomé recibiendo la cabeza de San Juan Bautista, al suicidio ritual del escritor japonés Yukio Mishima y a filmes contemporáneos como *Barton Fink* o *Seven* para ahondar en la “estetización del horror”.

Una parte clave del libro la ocupan las raíces profundas de la brujería en México, y la manera en que esta práctica ha arraigado en el crimen organizado. Aunque los chamanes, curanderos y brujos siempre han estado presentes en nuestra historia y su influencia se hace sentir en diversos niveles sociales —aclara el autor—, el aumento del comercio de estupefacientes ha catapultado a la brujería sacrificial de tradiciones prehispánicas con funestas consecuencias. Junto a ella florece un ecléctico santoral: San Judas Tadeo,

la Virgen de la Caridad del Cobre, Malverde y la Santa Muerte.

La pérdida de la cabeza remite, en su metáfora más emblemática, a la pérdida de la razón, a la falta de ideas claras: dos síntomas del hombre contemporáneo, que ha extraviado el rumbo en un mundo saturado de estímulos, donde cada vez es más difícil separar la realidad de la ficción. Si en las ferias antiguas las cabezas sin cuerpo parlaban como parte de un entretenimiento tan hechizante como ingenuo, hoy en día el auge de la decapitación nos ha dejado sin palabras y, sobre todo, paralizados ante el miedo y la paranoia que desata un espectáculo cruel y ajeno a la diversión. El *freak* de circo ha mutado en el Frankenstein de nuestras pesadillas, como señala González Rodríguez: “La muestra magnífica de la progenie monstruosa se halla en la decapitación, cima de lo fragmentario. Un monstruo para el mañana.”

- BERNARDO ESQUINCA